

FRANK BÁEZ

Desarmando la biblioteca de mi padre

Duele mucho desarmar una biblioteca,
ser consciente de que estás destruyendo
lo que el amor, la paciencia y el rigor unió.

No hay nada más triste que bajar un libro
de un estante, meterlo con otros en el fondo
de una caja y sellarla por meses, tal vez años.

Todos esos volúmenes que fueron deseados
y amados y que no volverán a ser leídos
con la misma entrega y el mismo entusiasmo.

O quizás sí, pero a mí me gusta pensar
que los libros extrañan el olor de mi padre
y la manera en que él los tocaba y subrayaba.

Quien toca los libros ahora soy yo y no para
leerlos sino para meterlos en cajas, esa
cincuentena de cajas amontonadas

por el apartamento como urnas funerarias.
Llevo dos semanas concentrado en esta tarea
sepulcral, yo, que había supuesto que la biblioteca

quedaría para toda la eternidad en el cuarto
trasero del apartamento de mis padres,
incluso fantaseé que vendrían en peregrinaje

sociólogos e investigadores de todas partes
del mundo a tocar sus libros, que la biblioteca
sería una especie de santuario, pero aquí

me tienen sudando, rompiéndola en pedazos
y metiendo los libros en cajas que una vez
cobijaron juguetes, cervezas, latas de aceite.

Alguien me propuso regalarlos o donarlos
a bibliotecas, pero tuve pesadillas recurrentes
en que los maltrataban, les rompían el espinazo

y que quedaban relegados al olvido, tosiendo
como asmáticos por el polvo que tragaban,
abandonados a su suerte en los confines

de una amarga biblioteca universitaria.
Así que los sigo guardando en cajas y cada
vez quedan menos libros en los estantes

y dentro de poco estarán vacíos, y entonces
vendrán por los estantes, pintarán las paredes
y colocarán el abanico, la cama y la almohada.

Este poema aparece en *Desarmando la biblioteca de mi padre* (FCE, Bogotá, 2024) y se reproduce con permiso del autor.